
Entrada libre

Pasión por el pasado

Anthony Grafton

Tomado de Anthony Grafton, “A Passion for the Past”, en *The New York Review*, 8 de marzo de 2001. Traducción de Alma Parra.

1

En 1852, un joven académico de Basilea, Jacob Burckhardt, le dedicó a su maestro, Leopold Von Ranke, un ejemplar de su primer libro de importancia *The Age of Constantine the Great* con la frase: “con el mayor respeto”. El término que Burckhardt escribió en la página, *hochachtungsvoll*, pertenecía al amplio repertorio de saludos convencionales del alemán, pero lo utilizó con sinceridad. En la década de 1840 había estudiado historia e historia del arte en Berlín. Mucho después, en 1889, cuando Burckhardt, siguiendo la costumbre de Basilea, escribió el panegírico que se leería en voz alta en su propio funeral, elocuentemente recordó cómo “había entregado dos trabajos importantes al seminario de Ranke obteniendo la aprobación de su gran maestro como recompensa”.¹

Ranke, cuyas historias narrativas panorámicas y coloridas de la historia europea temprana le habían hecho tan famoso, expresó sentimientos encontrados cuando examinó el regalo de su antiguo alumno —un estudio pionero de lo que ahora se llamaría la historia cultural de la antigüedad tardía. La intención del libro no era la de contar la historia de la vida de Constantino o analizar su régimen en detalle, sino la de recrear la atmósfera espiritual de la época durante la cual el imperio romano se volvió cristiano. En una segunda nota que Ranke dio en forma de respuesta a la dedicatoria de su estudiante, alabó “el noble tratamiento del arte” de Burckhardt, aunque se quejó de que “no profundizaba lo suficiente en las cuestiones históricas”. Al final su reflexión fue que

¹ Jacob Burckhardt, “Lebensrückschau”, en H. Ritter (ed.), *Die Kunst der Betrachtung*, Cologne, Du Mont, 1997, p. 16.

Las universidades dieron la bienvenida a nuevas formas de investigación y pensamiento históricos —desde los seminarios, donde jóvenes entusiastas eran iniciados en los nuevos métodos críticos de Ranke y Niebuhr, hasta los salones de clase donde resonaban versiones de la dialéctica de Hegel. Muchos esperaban la restauración de un feliz pasado prerrevolucionario.

Burckhardt era simplemente “demasiado listo”.² La nueva forma de historiar de Burckhardt —que a la larga produciría libros brillantes sobre el Renacimiento italiano y la antigua cultura griega— fascinaban e irritaban al mismo tiempo al *Altmeister* que lo había formado.

El homenaje formal de Burckhardt y la respuesta adusta de Ranke, ambas escritas en la tarjeta de presentación del ejemplar de Ranke, y escondida por décadas bajo la tarjeta de registro pegada al libro por la Biblioteca de la Universidad de Syracuse, que aloja la biblioteca de Ranke, tipifica un gran debate acerca de la naturaleza y el propósito de la historia.

El mundo de habla alemana del siglo XIX estaba obsesionado con el estudio del pasado. Ya en las décadas anteriores a 1800, las puntuales monarquías del Santo Imperio Romano ya estaban perdiendo el compás. Los intelectuales desempleados y los campesinos hambrientos amenazaban el estable y meticulosamente vigilado orden social que los gobiernos del Estado y las ciudades habían mantenido por generaciones.

Después de 1789, en la época de la Revolución francesa y el imperio napoleónico, todo el mundo alemán se estremeció y sacudió. La naturaleza del pasado y la relación entre el pasado y el presente se volvió novedosamente urgente.

Las universidades dieron la bienvenida a nuevas formas de investigación y pensamiento históricos —desde los seminarios, donde jóvenes entusiastas eran iniciados en los nuevos métodos críticos de Ranke y Niebuhr, hasta los salones de clase donde resonaban versiones de la dialéctica de Hegel. Muchos esperaban la restauración de un feliz pasado prerrevolucionario. Sólo que los liberales también abrazaron la carga de la historia de muchas maneras. Los pesados volúmenes de Ranke pandeaban las oscuras repisas de los libreros con puertas de vidrio. Imitaciones aún más pesadas de la Atenas de Pericles, fueron el albergue de las universidades, parlamentos y teatros de la Alemania hanseática, la Florencia renacentista y la Roma barroca albergaban sus universidades, parlamentos y teatros. Incluso conforme el desarrollo industrial modificaba las ciudades, los gobiernos de las ciudades tiraban viejas murallas, trazaban anchos bulevares a través de los barrios antiguos y extendían elegantes puentes de acero forjado sobre los ríos. Los alemanes y los austriacos construyeron y reconstruyeron las magníficas imitaciones a veces salvajemente desproporcionadas de las viejas formas que todavía sorprenden —todavía apabullan— a los transeúntes en la Ringstrasse de Viena y en las partes centrales y orientales de Berlín.³

La pasión dominante del mundo alemán por el pasado no creó nada parecido a un consenso sobre su significado. Las diferencias religiosas y nacionales dictaban criterios de evaluación radical-

² El ejemplar de Ranke está ahora en la Biblioteca de la Universidad de Syracuse, Ra937.08 B94.

³ Ver a Carl E. Schorske, *Thinking with History*, Princeton University Press, 1998.

mente diferentes. Los historiadores debatían todo, desde el significado de los acontecimientos hasta la naturaleza misma de la historia. Se creó toda una sarta de centros de investigación en el momento en el que los príncipes y ministros trataron de demostrar que ellos también, al igual que los gobernantes de Prusia, apreciaban el nuevo conocimiento. Estos centros de investigación cultivaron estilos locales, a veces radicalmente distintos unos de otros. Los debates técnicos acerca del método se podían convertir en discusiones tan intensas como las provocadas por la ideología —especialmente cuando involucraban las carreras profesionales, como frecuentemente estaban.

No hubo una isla en el archipiélago de universidades y sociedades que poblaron al largo del mundo de habla alemana que floreciera con formas de historia más coloridas y vistosas que Basilea, la ciudad suiza de la que Burckhardt llegó a Berlín. Y no hubo debates históricos en el siglo XIX más complejos o que quedaran como los más instructivos, aun ahora, que los que periódicamente estallaban entre los historiadores de la ciudad suiza de impresores, teñidores y los productores de listones de seda y los del viejo cuartel prusiano, que se convirtió, al final del siglo XIX, en una gran metrópoli.

El concurso parece terriblemente disparado. Por un lado, un pueblo sencillo con algunos profesores y académicos independientes, la mayoría de ellos individualistas resueltos con unos cuantos discípulos. En el otro, surge la metrópoli de Berlín, ya una ciudad con una gran tradición intelectual. La Universidad de Basilea era una institución antigua pero no famosa, dominada por una elite local de la que provenían la mayoría de sus profesores. Tan sólo tenía un centenar de estudiantes, casi todos de familias de la localidad. La Universidad de Berlín —un establecimiento muy nuevo diseñado por Wilhelm von Humboldt para impulsar la investigación científica y académica— se ufanaba de contar con cerca de dos mil estudiantes. Acudían como palomillas sobre luminarias como Ranke, provenientes no sólo de fuera de Prusia sino también del mundo de habla alemana. La Basilea del siglo XIX produjo sociedades modestamente cultas que apoyaron el estudio y la publicación de fuentes históricas. Berlín —que no sólo albergaba una universidad, sino a una antigua e igualmente famosa Academia de Ciencias— produjo empresas colectivas de gran escala como la *Monumentae Germaniae Historica* y el *Corpus Inscriptionum Latinarum* —institutos diseñados para compilar, editar y comentar las fuentes de la historia antigua y medieval. Estos empleaban a numerosos investigadores jóvenes, desarrollando lo que se llamó la “ciencia como industria pesada”— una nueva forma de trabajo intelectual que, de alguna forma, se parecía a las industrias pesadas reales desarrolladas por Borsig, Siemens y otros. En Basilea versus Berlín, un peso pluma se enfrentaba a un campeón peso completo en el mundo internacional de la enseñanza.

Sorprendentemente, David tuvo al menos una oportunidad con Goliat. Las grandes empresas industriales de la academia fundadas en Berlín han probado su valor. Las fuentes que compilaron y

Los debates técnicos acerca del método se podían convertir en discusiones tan intensas como las provocadas por la ideología —especialmente cuando involucraban las carreras profesionales, como frecuentemente estaban.

Los griegos de Burckhardt a menudo se parecían a los de Nietzsche, como lo muestra Murray, por lo que no sorprende que este hombre más joven admirara grandemente a su colega más viejo cuando comenzaba su propia breve carrera como profesor de filología clásica en 1869.

editarlos siguen siendo esenciales para todos aquellos que trabajan la historia antigua y medieval y sus actividades son necesarias hasta la actualidad. Pero los académicos de Basilea, sentados en sus banquitas, crearon nuevas perspectivas para los historiadores o para los practicantes de otras ciencias sociales. Hasta la fecha respetamos a los grandes berlineses, Ranke y Theodor Mommsen. Pero preguntamos, y tratamos de contestar las preguntas de Burckhardt.

Lionel Gossman y Oswyn Murray —dos académicos muy distinguidos, pero muy diferentes— se han propuesto revelar a los lectores ingleses y estadounidenses algunas de las nuevas formas de la historia que nacieron en la Basilea en el siglo XIX. Gossman, un erudito historiador intelectual y comparativista, ha explorado el desarrollo de la investigación y escritura de la historia en la Europa del siglo XVIII y XIX entregándonos profundos y elegantes estudios sobre Gibbon, Michelet y el anticuario francés La Curne de Sainte Palaye. Gossman ha situado ahora el trabajo de dos grandes estudiosos de Basilea, Burckhardt y Johann Jacob Bachofen, en un rico y detallado entorno. Descubre con profundidad la historia económica, social y cultural de la ciudad, así como el desarrollo histórico de las disciplinas que practicaron sus héroes, y emplea todos estos factores para explicar sus logros.

Murray, estudiante pionero de la sociedad y cultura griegas, también ha realizado un trabajo harto original en la historia del saber, tanto en el mundo antiguo como en el moderno. Su colaboración con la traductora Sheila Stern ha producido una traducción parcial pero confiable de la última e inacabada obra de arte de Burckhardt, *The Cultural History of Greece*. En su compacta y muy bien informada introducción, Murray muestra cómo el académico de Basilea repensó la historia griega desde sus fundamentos. Se rehusó a imaginar a los antiguos griegos en términos de la ortodoxia neohelénica que se repetía en las lecciones de todas las preparatorias y que personificaban las Venus de yeso en todas las repisas de las chimeneas burguesas. Su Grecia imaginaria no tenía los paisajes soleados al estilo de Puvis de Chavannes, ni poblaciones de alegres ninfas y atletas. Los griegos de Burckhardt eran pesimistas con los ojos abiertos, habían entendido “lo que significaba ser humano en el sentido moderno, y vivir el presente sin esperanza en el futuro”. Ellos habían dedicado sus vidas a la competencia desesperada, atlética y artística con todos sus competidores, aunque sabían que aun las victorias que les daban júbilo instantáneo y les ganaban los poemas celebratorios de Píndaro no les llenaban de satisfacción cuando “toda la vida” se concentraba “en unos cuantos segundos de terrible tensión”. Los griegos de Burckhardt a menudo se parecían a los de Nietzsche, como lo muestra Murray, por lo que no sorprende que este hombre más joven admirara grandemente a su colega más viejo cuando comenzaba su propia breve carrera como profesor de filología clásica en 1869.

El propio Gossman aclara como Bachofen y Burckhardt surgieron del mismo pequeño grupo proteico: la poderosa elite urbana

de Basilea, un grupo que continuó siendo inmensamente rico y poderoso durante el siglo XIX, pero que vio desvanecer gradualmente su control político sobre el cantón conforme Basilea perdió su territorio y pasó a formar parte de la nueva federación suiza. La pequeña y apretada ciudad amurallada, que los ayuntamientos patricios habían gobernado con la precisión de un relojero, regulándolo todo desde el drenaje hasta las horas de trabajo no perdió nunca su individualidad, pero gradualmente se convirtió en un centro industrial con una población desdichada y propensa a la enfermedad.

Los nuevos ferrocarriles se impusieron llenando la apacible ciudad antigua con sus nuevos ruidos melancólicos y poniendo a Basilea en contacto cercano con ciudades extranjeras relativamente cercanas, como Estrasburgo y Tubinga, así como con los vórtices del cambio político y social, Berlín y París. Los nuevos mercados produjeron nueva riqueza —pero también sedujeron a los industriales de Basilea a vender las técnicas que alguna vez les habían pertenecido sólo a ellos y a mudar sus fábricas a las afueras de la ciudad. Harry Lime, en su famoso discurso en *El Tercer Hombre*, descartaba a Suiza por ser un país sin historia que había disfrutado de paz por un siglo y en consecuencia sólo había producido el reloj de cucú. De hecho el problema del cambio histórico —problema que se encajó en la atención de los historiadores alemanes y austriacos cuando la Revolución francesa y el imperio napoleónico demolieron sus antiguos regímenes— demostró ser igualmente insalvable, en menor escala, para los suizos.

Aunque Bachofen y Burckhardt provenían de familias de la elite, sus circunstancias eran muy distintas. Bachofen era un hombre sumamente rico, nacido en una magnífica villa barroca, mientras que Burckhardt provenía de una rama modesta de dos clanes ricos. Los dos, sin embargo, se beneficiaron de la excelente educación que se había hecho accesible a un número reducido de muchachos en el Gymnasium y el Pädagogium —una notoria institución donde profesores universitarios daban cursos a jóvenes en sus últimos años adolescentes. Ambos recibieron inspiración de sus profesores emigrados, alguna vez liberales y radicales de Italia y Alemania. Y ambos se sintieron inclinados hacia la idea de perseguir sus intereses en ese magnéticamente atractivo centro del universo académico, Berlín, donde Bachofen estudió historia legal con Friedrich Karl von Savigny y Burckhardt estudió historia, historia del arte y filología clásica con Ranke, Franz Kluger y August Böckh.

Los dos paisanos de Basilea quedaron cautivados por el Berlín de Bierdermeier de las décadas de 1830 y 1840. Los famosos salones ofrecían tanto entretenimiento como los amargados, envidiosos profesores, quienes deliberadamente programaban sus clases para que se encimaran unas con otras. Burckhardt describía su ronda de conferencias, fiestas y visitas en encantadoras y vívidas cartas estampando agudos retratos de lo bueno y de lo grande desde la perspectiva de ojo de hormiga del estudiante (como dice Gossman, las cartas de ambos personajes son obras maestras de

Para Bachofen, la nueva escuela histórica de leyes llegó como una revelación. Su profesor Savigny, quien trabajaba en estrecha colaboración con Jacob Grimm y otros académicos románticos, sostenía que cada sistema de leyes se desarrollaba en un escenario específico y concreto, en respuesta a las necesidades y deseos de una nación en particular, en una etapa particular de desarrollo.

observación, gusto y estilo en sí mismas, productos espléndidos de una cultura europea perdida). Burckhardt se encontró con una viva sociedad berlinesa, más sofisticada y más acogedora que su ciudad nativa. En Basilea, estaba confinado a un estrecho círculo social y rodeado constantemente de los chismes de la gente del lugar que nada aprendía y nada se les olvidaba. En Berlín, Burckhardt visitó a escritores brillantes como Betina von Arnim, observó a jóvenes damas representar imágenes de pinturas antiguas en fiestas —o tan sólo disfrutaba el anonimato que Basilea le negaba. Más importante fue la inspiración que estos dos hombres pudieron encontrar en el nuevo método histórico de los salones de conferencias y seminarios.

Para Bachofen, la nueva escuela histórica de leyes llegó como una revelación. Su profesor Savigny, quien trabajaba en estrecha colaboración con Jacob Grimm y otros académicos románticos, sostenía que cada sistema de leyes se desarrollaba en un escenario específico y concreto, en respuesta a las necesidades y deseos de una nación en particular, en una etapa particular de desarrollo. No se podía explicar la ley romana, mucho menos descifrar qué segmentos de ella podían aplicarse constructivamente en la Alemania moderna, sin estudiar cómo fue que las leyes romanas y alemanas tomaron forma originalmente. Bachofen se volcó hacia esta nueva rama académica rastreándola desde Berlín a Gotinga. Con el tiempo se volvió más histórico que los historicistas e insistió en que los códigos legales del pasado debían estudiarse desde un punto de vista histórico, sin tomar como referencia su aplicación moderna —“como parte de la vida antigua más que de la moderna, un fragmento de la filología clásica, producto de las condiciones que hace tiempo se habían hundido en el olvido”.⁴

Burckhardt, por el contrario, sintió la necesidad de explorar varios campos, incluyendo la historia del Cercano Oriente. Se convirtió en un experto en historia medieval y en historia del arte y de la arquitectura. Durante mucho tiempo, anticipó con resignación que se tendría que especializar: “Dada la vasta expansión de la erudición” escribió con el pesar de un hombre joven, “uno debe confinarse a un área y hacerlo bien: de otro modo simplemente te destruyes”.⁵ Pero siempre supo que su intención era escribir una historia legible y no las pedantes e indigestas monografías con las que salían los profesionales. Y pronto decidió que lo que más le interesaba no era uno de los campos especializados con los que había coqueteado, sino la “historia cultural” como un todo. Para él, comentaba con muecas, “el entorno es lo más importante”. La historia cultural que no sólo se concentraba en políticas reales y batallas decisivas, sino en las creencias, rituales e institucio-

⁴ Johann Jacob Bachofen, “My Life in Retrospect”, en *Myth Religion, and Mother Right*, translated by Ralph Manheim, Princeton University Press, 1967, p. 5.

⁵ Jacob Burckhardt, *Briefe*, edited by Maz Burckhardt, vol. 1, Basel, Schwabe, 1949, p. 132.

nes podía recrear esto de un modo en que la historia convencional no podía.⁶

Al igual que Bachofen, Burckhardt decidió que este tipo de historia podía apreciar el pasado por lo que realmente era. Los historiadores modernos afirmaban, en teoría, que el historiador debía tratar cada periodo y cada nación como iguales ante Dios, y tratar de entender cada uno en sus propios términos. Al mismo tiempo, sin embargo, Ranke y muchos de sus seguidores trataban el ascenso de Prusia y el de otros estado-nación de los últimos tres siglos como historias especiales y dirigidas providencialmente —quizás, en efecto, como la culminación de la historia del mundo. Esto era, por supuesto, lo que los gobernantes y los cortesanos querían oír.

Burckhardt, el ciudadano de Basilea, condenaba a los académicos que confundían la historia de Alemania (la de cualquier otra nación) con la historia misma. Sus errores revelaban algo más que incompetencia: corrupción. Burckhardt insistió en su profundo respeto al profesor y al pensador Ranke. Pero criticó agudamente el servilismo de Ranke ante el rango y el poder, en sociedad y en sus trabajos históricos. Ranke dijo:

en una ocasión estaba solo en la casa de Bettina (Von Arnim). El tema de la sujeción de Polonia surgió en la conversación, Bettina estaba naturalmente llena de indignación en contra de Rusia y Ranke estaba absolutamente de acuerdo con sus ideas. Un poco después estuvo en casa de Bettina de nuevo, en una gran fiesta. Un importante diplomático ruso inició una conversación con él durante la cual Ranke describió la conducta de los polacos como revolucionaria y monstruosa.

Von Arnim, poniendo los ojos en blanco exclamó “¡Uf!”, y Ranke salió apenado de la casa tan pronto como pudo.⁷ Desde muy temprano, Burckhardt supo que tenía que crear una nueva forma de escribir la historia —él mismo incluso no tenía una idea firme de lo que eso traería consigo— porque sabía que no sólo tendría que anotar los triunfos de los ganadores en el Gran Juego y aplaudirlos.

Ambos académicos viajaron algunos años antes de establecerse en Basilea. Ambos comenzaron a dar clases, y hasta entonces sus rumbos personales fueron divergentes. Bachofen renunció a su cátedra al verse convertido en el objeto de los insultos públicos por aceptar esa cátedra como un privilegio debido a su nacimiento patricio. De hecho se convirtió en una especie de ermitaño. Aunque ofició como juez, vivió para sus viajes, de los que escribió espléndidamente, y para su erudición. Burckhardt, por el contrario, encontró su vocación en la enseñanza. Después de unos años de inseguridad y de dar clases en Zürich, una ciudad más abierta con una universidad más cosmopolita, se estableció como profesor

⁶ *Ibidem*, p. 196.

⁷ *Ibidem*, p. 160.

en Basilea. Daba regularmente clase durante diez o más horas a la semana, sin usar notas.

Cierto, advertía Nietzsche en 1870, que él mismo era “El único de los sesenta oyentes (de Burckhardt) que entiende la profundidad de su pensamiento con todas sus extrañas circunvoluciones y cortes abruptos cuando el tema roza lo problemático”. Aun así, Burckhardt atrajo a un gran público a sus cursos, los cuales iban de la historia del Renacimiento al arte barroco o al de la civilización griega. Y aun así se convirtió también en una especie de ermitaño. Incluso cuando llegó a ser famoso, rechazó dar conferencias o asistir a congresos fuera de Basilea —una concesión al intercambio científico que aun Bachofen hizo. Cuando en 1872, un profesor de Berlín llegó a ofrecerle a Burckhardt la cátedra de Ranke en Berlín con un salario muy alto, él se negó inmediatamente a mudarse e hizo lo mejor que pudo para fingir que todo el acontecimiento nunca había sucedido.

2

Burckhardt y Bachofen se conocieron bien en una época, y Bachofen incluso fue quien realmente redactó, en su calidad de administrador de la universidad, la oferta de trabajo que llevó a Burckhardt a Basilea. Tiempo después, sus relaciones pasaron de la cálida amistad de los primeros años a la antipatía —al menos de parte de Bachofen. De todas formas, se desarrollaron de forma impresionantemente similar, como cuidadosamente muestra Gossman. A ambos les aterrizzaba el crecimiento de los grandes y severos estados-nación —como la federación Suiza y la Francia de la Monarquía de Julio. A ambos les horrorizzaba la nueva era de la política de masas posterior a 1848. Burckhardt, quien había trabajado como periodista en su juventud, se retiró de la vida pública conforme ésta se volvió salvaje y combativa. Al final, ambos se encontraron, inspirados por una especie de visión idealista de la vieja Basilea —la que, de diversos modos se mantuvo como una alternativa ante el nuevo mundo que ellos veían a su alrededor. Los dos trabajaban espantosamente duro, con un ascetismo que recuerda al de Max Weber. Bachofen se levantaba diario a las cuatro de la mañana. Burckhardt impartía clases sin cesar, y ambos se pasaron la vida haciendo resúmenes de miles de páginas de extensión de las fuentes primarias que preferían a cualquiera de los pensamientos profundos de cualquier otro académico moderno.

Bachofen volcó su atención, como académico, sobre todo en lo que él llamó el Derecho materno (*Mutterrecht*). El término, casi imposible de traducir, se refiere al estado primitivo de matriarcado en el cual, según él, habían vivido originalmente los griegos. Basándose no sólo en la información sobre las leyes, sino también en los mitos, las tradiciones y en los artefactos materiales, Bachofen se propuso recrear el orden social griego original. Argumentaba que antes de que existiera el mundo descrito por la literatura clásica griega —el mundo de las ciudades, constituciones y ejércitos,

dominados por aristócratas del género masculino— había florecido otro mundo, ahora olvidado. Las mujeres, no los hombres, dominaban la sociedad. La descendencia materna había determinado la pertenencia familiar, los derechos maternos habían dominado el sistema legal y las diosas chthonic, como las Furias gobernaban el orden moral. Rastreando bajo las fuentes encuentras a las Madres. Bachofen reconocía que esta oscura y olvidada sociedad había tenido que abrir paso a las polis griegas y a las civilizaciones clásicas que los neohelenistas reverenciaban. Pero el orden maternal se había transformado, no destruido, en el tránsito de esta revolución —como las Furias, en las *Euménides* de Esquilo, fueron integradas al nuevo orden de justicia creado por Atenea, no eliminadas de él.

Bachofen era inmensamente erudito: —un “masca citas” (*Zitat-enfresser*), en el mejor estilo alemán, que recargaba sus más ambiciosas obras con un vasto aparato de evidencia y citas.⁸ Pero él insistía en que no pertenecía a la comunidad de académicos alemanes. Denunció el método crítico —“crítica de las fuentes”— de Barthold Georg Niebuhr, quien derrumbaba los mitos romanos acerca de la fundación de la ciudad interpretándolos no como tradiciones genuinas acerca de creencias y prácticas del pasado, sino como una reflexión de los conflictos sociales oscurecidos por el tiempo y la transmisión oral del pasado. Aún con mayor ferocidad denunció la historia romana de Theodor Mommsen, a la que vio como un total anacronismo, una celebración del nuevo estado alemán, sus estadistas vestidos con disfraces de época pero hablando un lenguaje anacrónico y con poses impresionantemente inverosímiles como los romanos de Hollywood de la década de 1950. Por su parte él fue recibido por los lectores alemanes educados, en su mayor parte, con silencio, incompreensión y desdén. No entendían cómo alguien tan culto como Bachofen podía deliberadamente dejar de lado los resultados de la crítica de fuentes y favorecer simplemente el escuchar y creer en las historias que los griegos y los romanos habían contado de sí mismos.⁹ Sólo alrededor de 1870, Fustel de Coulanges, Lewis Henry Morgan y otros repensaron el desarrollo de las sociedades antiguas, atribuyendo un papel central a las formas de parentesco haciendo que las reflexiones de Bachofen comenzaran a encontrar aplicación, aunque su complicado y rico alemán probó ser intratable para algunos que de otra manera pudieron haber sido sus aliados naturales y discípulos.

⁸ Desafortunadamente, un buen número de las referencias de Bachofen eran de segunda mano, tomadas de otros, incluyendo los errores tipográficos. En relación a sus prácticas académicas ver el magnífico ensayo de Thomas Gelzer, “Die Bachofen-Briefe”, en *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, vol. 19, 1965, pp. 777, 869.

⁹ Gossman ha tratado este aspecto de la historia con considerable detalle en una monografía previa: “Orpheus Philogus: Bachofen versus Mommsen on the Study of Antiquity”, en *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 73, part 5, 1983; ver la reseña de Arnaldo Momigliano, “Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico”, en *Rome: Storia e Letteratura*, 1987, pp. 409-413.

Sólo alrededor de 1870, Fustel de Coulanges, Lewis Henry Morgan y otros repensaron el desarrollo de las sociedades antiguas, atribuyendo un papel central a las formas de parentesco haciendo que las reflexiones de Bachofen comenzaran a encontrar aplicación, aunque su complicado y rico alemán probó ser intratable para algunos que de otra manera pudieron haber sido sus aliados naturales y discípulos.

Gómez Villanueva, en Nombre de los Campesinos, Condena la Violencia



Figura 4. “Bajo la efigie de Emiliano Zapata, el Presidente Díaz Ordaz escucha los honores a su investidura al llegar a la mesa principal del Congreso de la Confederación Nacional Campesina. Con él, de izquierda a derecha, el licenciado Luis Echeverría, secretario de Gobernación; Alfredo Bonfil, ingeniero Norberto Aguirre Palancares, jefe del DAAC; Augusto Gómez Villanueva, secretario general de la CNC, y Alfonso Martínez Domínguez, presidente del PRI”. (*Excelsior*, 29 de agosto de 1968, p. 23. Archivo Histórico CESU, UNAM).

Burckhardt también revivió palabras perdidas. El reinventó el Renacimiento, que según él, no involucraba sólo el redescubrimiento de textos y disciplinas antiguas —un acto de recuperación que le dio su nombre al periodo— sino también la creación integral de una nueva cultura. Cultura, para Burckhardt, incluía naturalmente lo que actualmente se llamaría “alta cultura”: arte, literatura y filosofía. Por momentos —como en sus últimas conferencias de historia— se referían a lo que él veía como las fuerzas formadoras en la historia mundial, que coexistían continuamente en la interacción del estado y la religión.

Pero también adoptó el mundo completo de pequeñas culturas que interesan a los antropólogos modernos, creencias, formas de comportamiento, costumbres funerarias y formas de alimentación. Todas ellas —Burckhardt argumentaba en su mayor ambición— estaban gobernadas por el mismo espíritu que se expresaba con incesante creatividad en un número infinito de formas sociales y culturales: “Cada periodo de la civilización que forma un todo completo y consistente”, proclamaba, “no sólo se manifiesta en la vida política, en la religión, el arte y la ciencia, sino que también fija un sello característico en la vida social”. Procedió a demostrar que el espíritu del Renacimiento produjo no sólo grandes poemas y obras de arte, sino nuevas modas en todo, desde los festivales públicos a la vestimenta y los cosméticos femeninos hasta la decoración de interiores. En Italia, argumentaba, la vida lujosa se convirtió en una obra de arte en sí misma: camas suaves y marquetería fina estaban hechas a la medida no sólo de un deseo de esplendor, sino de un fino sentido de lo que era hermoso y no existía en ningún otro país.

Donde Bachofen evocaba un viejo mundo de sentimientos y creencias, un mundo que fuera necesariamente sustituido del todo por la antigua Grecia, Burckhardt celebraba en su obra sobre el Renacimiento un brillante nuevo mundo: en el que cada hombre, por primera vez en siglos, dejaba de soñar. Liberados hacia una nueva existencia individual, los hombres lograron entender, tanto su propia y subjetiva existencia interior y el mundo de la naturaleza externa y la sociedad en términos modernos y realistas tan repentinamente como si —como lo pone en el famoso pasaje— un velo que los había separado de la realidad se había disuelto súbitamente en el aire. Si algo hacía Burckhardt era tender a quitar el énfasis de los elementos tradicionales que continuaban jugando papeles vitales en la sociedad y cultura del Renacimiento —como muchos medievalistas señalarían quejumbrosamente en las décadas siguientes. Pero tenía sus razones para hacerlo. Ya que él veía a la modernidad como destructiva; como una fuerza inmensamente poderosa que desarraigaba y demolía las tradiciones.

El surgimiento del realismo en la conducta y el redescubrimiento de la moral clásica y secular, por ejemplo, habían tenido un efecto disolutivo en las creencias tradicionales que habían hecho un daño inmenso a la sociedad —como las trayectorias de los tiranos renacentistas, que Burckhardt ilustraba con ardientes y temibles anécdotas de asesinatos implacables, habían mostrado

claramente. La creación de una cultura moderna requería de la destrucción de muchas cosas que habían sido de valor. Y aún la coherente belleza de la civilización del Renacimiento fue debilitada en última instancia, y necesariamente, por las mismas fuerzas que produjeron las fuerzas hostiles que pudieron destruirla. La cultura entonces era al mismo tiempo una compleja y frágil red de prácticas y creencias de un organismo que había nacido, llegado a la madurez y que se volvió vieja —una idea que Burckhardt no formulaba demasiado sino que ejemplificaba en sus relatos en numerosas formas sutiles. Ranke, con todo lo que profundizó en la historia de sociedades completas, no vislumbró el brillante y amplio esfuerzo de su alumno por ver la historia como un todo. Por lo que no es sorprendente que haya enfatizado sus dudas en el comentario que hizo a *The Age of Constantine the Great*.

El complejo, provocativo libro de Burckhardt se convirtió en un manchón de Rorschach para los historiadores. En las décadas siguientes, provocó docenas de chispas de lecturas divergentes —muchas de ellas profundamente hostiles—. Pero estableció al Renacimiento como un campo de estudio histórico independiente. Pese a toda la crítica, le procuró al autor las distinciones académicas que se le escaparon a Bachofen, incluyendo la pertenencia a la Academia de Ciencias de Gotinga y, el salchichón de Gotinga que le dio un bien intencionado sabio como regalo al celebrar los veinticinco años de haber sido elegido. Incluso en Berlín, Burckhardt era reconocido como el historiador cuyos logros estilísticos e intelectuales, aunque no sus métodos, lo habían convertido en el sucesor natural de Ranke.

Burckhardt, sin embargo, adoptó deliberadamente una personalidad radicalmente distinta a la de Ranke. Se rehusó por completo a sacarle partido a su nueva fama, y permitió a los académicos más jóvenes que publicaran nuevas ediciones anotadas de su libro sobre el Renacimiento y su aún más popular guía del arte italiano, *Cicerone*. Burckhardt señalaba, con placer irónico, que sus más jóvenes editores se le murieron uno a uno, mientras que él sobrevivió. En su madurez tardía, cuando se movió a un nuevo territorio —la historia cultural de Grecia— insistió en que lo hacía solamente para impartir clases a sus estudiantes de Basilea y declinó las ofertas que pronto llegaron de los editores alemanes. Continuó con su pesada carga docente hasta el final de su vida. Los profesores alemanes se jactaban de sus enormes bibliotecas y las horas que pasaban en el archivo, cortejaban a príncipes y estudiantes, codiciaban títulos y patrocinio de las cortes y lo hacían sobre sus rivales escribiendo polémicas y jugando a la política académica. Burckhardt insistía en su calidad de aficionado, que había navegado con la corriente como académico y que se había mofado de la seriedad y pomposidad de aquellos que querían aplastar las flores que él levantó de un poco promisorio campo histórico.

Para resumir, como Bachofen, Burckhardt rechazó a Berlín por Basilea. No emularía, ni siquiera aceptaría la autoridad de aquellos que se consideraban *virī eruditissimi* —los profesores de las universidades alemanas. Estos insistían en usar la última edición

crítica de un texto, citar toda la literatura técnica secundaria, leer todas las anotaciones y los papiros que pudieran ofrecer evidencia sobre temas como la competitividad en la Grecia antigua. Sobre todo, el objetivo académico debía siempre de soldar con las nuevas y brillantes herramientas de la crítica de fuentes que Nieburh y otros habían forjado. Confrontados con una brillante tapicería de mitos y hechos como el recuento de Heródoto de las guerras pérsicas o de la historia de Roma de Livio, el filólogo no debía apreciarlo sino deshebrar hasta sus hilos originales mostrando que el texto, aparentemente coherente, era en realidad un paño suelto de brillantes historias coloridas, dibujadas por un compilador muerto, a partir de fuentes tempranas y perdidas, frecuentemente ilegibles. Burckhardt, consciente de que ningún académico podía estudiar toda la historia griega en la forma intensiva y crítica considerada como vital por los *virii eruditissimi*, también sabía algo más importante: que el académico que trabajara de esa manera no vería los aspectos vitales de la cultura que él habría esperado captar.

El académico no debía manejar textos antiguos con violencia, desmenuzándolos hasta sus pequeñas tiras originales, sino gentilmente, tratando de dejar salir su sabor y textura originales. A muchos académicos del siglo XIX les disgustaba particularmente Heródoto a quien descartaban por crédulo, imaginativo en exceso y poco selectivo. Burckhardt lo usó constantemente. Heródoto reportaba que los Hipocleides atenienses bailaron salvajemente durante una competencia por la mano de Agariste, la hija de Cleisthenes, incluso parándose de cabeza y pateándose las piernas hasta el punto en el que perdió la competencia. Aun entonces simplemente respondió, “A Hipocleides no le importa”.¹⁰ Anécdotas coloridas como ésta le acarrearón al historiador una reputación por la inventiva y aun deshonestidad.

Burckhardt sin embargo, veía las cosas de manera diferente. El hecho de que esta historia circulara revelaba en sí mismo algo acerca de la voluntad de los atenienses de violar las normas de conducta noble que otros griegos respetaban cuidadosamente. La historia cultural trataba de averiguar “qué tipo de costumbres de la gente eran esas, qué era lo que deseaban, pensaban, percibían y eran capaces de hacer”. Incluso una anécdota falsa podía revelar los genuinos deseos, actitudes y hábitos mentales griegos —en términos de Schopenhauer, las maneras griegas de “representar” el mundo. “Los deseos y suposiciones, son entonces, tan importantes como los hechos”.

De hecho, sostenía Burckhardt, “el corazón de la humanidad pasada” frecuentemente surgía involuntariamente de las fuentes, “que traicionan sus secretos inconscientemente incluso, paradójicamente, a través de elaboraciones ficticias”. Porque en esos ocultos lugares es donde se puede descubrir lo más típico de la cultura del

El académico no debía manejar textos antiguos con violencia, desmenuzándolos hasta sus pequeñas tiras originales, sino gentilmente, tratando de dejar salir su sabor y textura originales. A muchos académicos del siglo XIX les disgustaba particularmente Heródoto a quien descartaban por crédulo, imaginativo en exceso y poco selectivo.

¹⁰ Jacob Burckhardt, p. 205, de Heródoto. En su modo característico, en la nota 126, p. 395, Burckhardt anota: “¿De dónde lo sacó Heródoto? De Atenas, pensaría uno, pero por la visión objetiva que provee acerca de la frivolidad ateniense”.

Las reflexiones formales sobre la historia y los esfuerzos sistemáticos de Burckhardt por rastrear la interacción de sistemas culturales y políticos más amplios con creatividad individual se siguieron leyendo y discutiendo activamente —no tanto quizás como en años recientes, cuando tantos historiadores y teóricos han intentado estudiar a las culturas como sistemas que limitan o niegan la acción individual.

pasado. Lejos de recomendar el escrutinio de la mirada fría de la crítica de fuentes, Burckhardt admitía que esta forma de interpretación era necesariamente subjetiva: “A lo largo de la lectura cada palabra con la que el investigador se tope puede parecer o insignificante o vitalmente interesante, y esto dependerá del humor del momento y el estado de alerta o de fatiga, y especialmente del grado de madurez al que haya llegado el investigador”.

El investigador tenía que aprender con el tiempo, releyendo y releyendo, para detectar la verdad debajo de lo aparentemente falso o trivial, el hecho social original debajo de una anécdota muerta. Sólo la paciencia y un “oído atento”, no el “esfuerzo arduo”, podían hacer hablar a los monumentos. Ningún protocolo formal podía describir qué tipo de interpretación se requería —una lección que no se perdió en uno de los lectores y admiradores más importantes de Burckhardt, Sigmund Freud, que copió parte de este pasaje y recurrió a él para formular su propio concepto de “atención uniformemente suspendida”.¹¹

La historia cultural de Grecia de Burckhardt fue dada por muerta al salir por uno de los más grandes académicos alemanes de su tiempo, Ulrich von Wilamowitz-Möllendorff, quien afirmaba que “no existía desde el punto de vista de la academia real”.¹² Pero con el tiempo resultó tan estimulante, y en parte tan profética como *The Civilization of the Renaissance in Italy*. Las reflexiones formales sobre la historia y los esfuerzos sistemáticos de Burckhardt por rastrear la interacción de sistemas culturales y políticos más amplios con creatividad individual se siguieron leyendo y discutiendo activamente —no tanto quizás como en años recientes, cuando tantos historiadores y teóricos han intentado estudiar a las culturas como sistemas que limitan o niegan la acción individual.

Basilea —la ciudad neoclásica pasada de moda que se resistió al cambio— engendró formas de pensamiento radicalmente nuevas acerca del pasado. Miembros de una vieja elite y ciudadanos de un pequeño estado, libres de presión de la necesidad de escalar en el servicio público de Prusia, Bachofen y Burckhardt pudieron tomar sus propios caminos. El hastío del incesante y repetitivo círculo social de Basilea, también les protegió de cosas peores que una serie de aburridos domingos suizos —como las tentaciones del poder que convirtieron a tantos profesores alemanes en citas baratas de ministros, portavoces ciegos de las piedades de las guerras de 1870 y 1914. Ellos escribían para las musas y sus amigos íntimos, y en el caso de Burckhardt para sus estudiantes. Este último, de hecho, concibió su propio método de hacer historia como especialmente apropiado para el profesor, cuyos estudiantes, en su mayoría, no se convertirían en académicos profesionales. Eso le permitió cultivar

¹¹ Ilse Grubrich-Simitis, *Back to Freud's Texts*, Philip Slotkin (trad.), Yale University Press, 1996, pp. 100-101, 266-267.

¹² Ver Arnaldo Momigliano, “Introduction to the Griechische Kulturgeschichte by Jacob Burckhardt”, en *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, Blackwell, 1977, pp. 295-305 at 304-305, note 4.

sus sensibilidades, enseñarles a leer sus destinos con aprecio hacia otros mundos, más que adiestrarlos en las técnicas que raramente tendrían la ocasión de aplicar.

3

La perspectiva de Gossman, en su libro, es esencialmente urbana y local, al estilo de Carl Schorske. Su obra realmente comenzó, hace muchos años, como colaboración con Schorske, y como historiador de Viena, enfatiza las muchas formas en que Basilea formó a sus historiadores. Como un enclave, una de las pocas ciudades-estado europeas que podría albergar ideas “inoportunas” —como la creencia firme, compartida por Bachofen y Burckhardt que *Bildung*, o la autoenseñanza, era una meta superior al poder. De ese modo Basilea podía preservar y cultivar ideales alemanes que estaban pasados de moda en su tierra de origen.

Basilea hizo aún más como modelo de una buena sociedad. Basilea inspiró a Bachofen en su creencia en el valor de la industria, su comprensión del clan romano y en su feroz resistencia a las nuevas historias alemanas del mundo antiguo, que negaban los elementos tradicionales de la sociedad griega y romana. Basilea llenó a Burckhardt de respeto por una elite mercantil educada que ilumina su recuento del renacimiento florentino y su aprecio por el orgulloso sentido de aislamiento e independencia de Venecia —incluso su comprensión de la completa dedicación de los antiguos griegos a sus ciudades se derivaba en parte de este sentido que Basilea había perdido. Bachofen y Burckhardt no sólo rechazaban a Berlín, sino que aceptaban a su ciudad natal, con todas sus fallas. Finalmente, Basilea continuaba atrayendo a brillantes fue-reños al mundo alemán, que como Nietzsche desarrollaron sus propias ideas acerca de la historia en un rico, tormentoso diálogo con Burckhardt. De hecho Gossman termina su obra con una breve, aguda discusión entre Nietzsche y Franz Overbeck.

Algunas preguntas quedan pendientes —especialmente acerca de lo que Bachofen y Burckhardt aprendieron fuera de su tierra natal. Extrayendo de una maravillosa historia corta de Felix Gilbert,¹³ Gossman señala, como otros lo han hecho, que un tipo de “historia cultural” existía en la Alemania de los años 1830 y 1840. Karl Dietrich Hüllman, por ejemplo, daba cursos de historia cultural en Bonn, donde Burckhardt estudió. En ellos y en sus seis volúmenes sobre la vida social de los pueblos medievales, Hüllman se propuso revelar la vida de “las clases sociales bajas”, que algunos historiadores de antes habían ignorado. Se enfrentó con un amplio rango de temas, desde la historia de los hábitos del vestido y la bebida hasta los gremios —todos ellos temas que reaparecerían en Burckhardt, aunque tratados desde un punto

¹³ Felix Gilbert, *History, Politics or Culture? Reflexions on Ranke and Burckhardt*, Princeton University Press, 1990, pp. 46-48.

Los historiadores enfatizaban la continuidad, argumentando que los héroes antiguos podían servir aún como modelos para los modernos hombres jóvenes. Los anticuarios detectaban rupturas en el tejido de la tradición. Ellos señalaban que las opiniones antiguas sobre el parentesco, el incesto, la pena capital y muchas otras cuestiones habían diferido radicalmente de las opiniones modernas.

de vista radicalmente diferente. Gossman también señala que un siglo antes que Burckhardt, Voltaire y otros filósofos, ya habían insistido en que los historiadores no debían interesarse en cuestiones estériles acerca de las fechas y los datos. Ellos examinaron el desarrollo de la civilización y trataron de explicar por qué algunos periodos —como la época de Luis XIV— vieron su florecimiento de manera tan exuberante. Y sus ensayistas señalaban que “formas opuestas” de escritura de la historia sobrevivieron durante el siglo XIX —especialmente en Francia e Inglaterra. Burckhardt debía algo de su habilidad para dar forma a los extensos materiales de historia cultural a sus predecesores ilustrados y románticos, como reconoció más de una vez.

Curiosamente, sin embargo, Gossman dice poco acerca de una forma previa de academia histórica, la anticuaria, que floreció desde el siglo XV en adelante y sobre la que él había escrito maravillosamente en el pasado. Los anticuarios siguiendo un precedente antiguo, estudiaron sistemáticamente rituales, prácticas e instituciones. Coleccionaron inscripciones, las compararon con textos literarios, y compilaron estudios de las antiguas costumbres funerarias, la cocina, los asuntos militares y las religiones.¹⁴

Los historiadores normales componían poderosas narraciones de las dinastías y las guerras, los anticuarios rastreaban pacientemente a los antiguos tanto en el templo como en el burdel. Los historiadores enfatizaban la continuidad, argumentando que los héroes antiguos podían servir aún como modelos para los modernos hombres jóvenes. Los anticuarios detectaban rupturas en el tejido de la tradición. Ellos señalaban que las opiniones antiguas sobre el parentesco, el incesto, la pena capital y muchas otras cuestiones habían diferido radicalmente de las opiniones modernas. Algunos anticuarios parecían haber salido de las páginas de Thomas Love Peacock. Compilaban vastos e ilegibles expedientes, los llenaban con citas indigestas que le atrajeron a su disciplina la moderna reputación de aburrimiento absoluto. Pero otros escribieron desafiantes textos del culto persa al fuego y las técnicas militares romanas que conmocionaron y fascinaron a los lectores contemporáneos.

Los anticuarios combinaron algunas veces varios intereses en un esfuerzo por mostrar que las creencias y prácticas en muchos campos eran parte de un solo coherente orden político, social y

¹⁴ Ver el estudio clásico de Arnaldo Momigliano, “Ancient History and the Antiquarian”, en *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. 13, 1950, pp. 285-315, más literatura está citada por Anthony Grafton, *The Footnote: A Curious History*, Harvard University Press, 1997. Recientes estudios importantes incluyen a Francis Haskell, *History and its Images*, Yale University Press, 1993, Ingo Herklotz, *Cassiano Dal Pozzo und die Archäologie des 17. Jahrhunderts*, Munich, Hirmer, 1999 y, Peter Miller, *Peiresc's Europe*, Yale University Press, 2000. El propio *Medievalism and the Ideologies of the Enlightenment*, Johns Hopkins University Press, 1968 de Gossman es un estudio clásico en esta tradición.

religioso. Se inspiraban, hasta cierto punto por ambiciosos polymaths como Christopher Mylaeus, John Barclay y Francis Bacon. Estos hombres esperaban mejorar el mundo intelectual en el que vivían y trabajaban reconstruyendo lo que ellos llamaron la “historia literaria” (*historia litteraria*) de la humanidad. Ellos sostenían que cada nación y época había tenido instituciones particulares e incluso un “genio” o espíritu propio, que determinaba los intereses de los escritores, artistas y filósofos. El estudio cuidadoso de éstos le permitiría a uno entender porqué la filosofía natural, por ejemplo, había florecido en algunos periodos y no en otros.¹⁵ Cuando Winkelmann y Herder tejieron sus seductoras, brillantes versiones de la cultura griega en una deslumbrante, accesible prosa en alemán, extrajeron de un rango muy rico de tradiciones encerradas en el latín de la tradición académica.

En las animadas universidades dieciochescas de Halle y Gotinga, estas perspectivas y métodos fueron perseguidos aún más. Friedrich August Wolf insistía en sus influyentes conferencias en Halle y en un brillante manifiesto que dio a conocer en 1807 que el estudioso que conociera la literatura griega y romana y las antigüedades, y las estudiara de forma correcta y sintética podría recrear la “naturaleza humana en la antigüedad”. Los profesores de historia griega del siglo XIX —como el maestro de Burckhardt, Böck— construían sobre esos fundamentos cuando trataban, en sus cursos y textos, de mostrar cómo todas las costumbres e instituciones griegas que estudiaban reflejaban el mismo espíritu formador. La academia enciclopedista podía estimular la imaginación sintética para captar el mundo antiguo como un todo —o al menos como Böck lo pone, para captar lo que los antiguos mismos percibían de sí mismos, para entender sus ideas, deseos y creencias— que a veces eran desconcertantes. Durante el siglo XIX los historiadores de la antigüedad, los filólogos, los arqueólogos y los científicos sociales luchaban por los restos de la tradición anticuaria, de la que se apropiaban y ponían al día de formas varias.

Burckhardt se encontró con esos métodos renovados en el salón de clases de Böck en Berlín y en el gran libro de Böck sobre la economía pública de Atenas, donde leyó que los griegos “eran más infelices que lo que la mayoría de la gente pensaba”. Se los encontró de nuevo en el manual de Karl Friedrich Hermann de las antigüedades griegas (1831), libro al que se refirió regularmente y donde leyó que el Estado griego no le había otorgado libertad a todos los individuos.¹⁶ El secreto completo de la historia cultural de Burckhardt queda por escribirse —y puede que involucre más de lo que estudió en Berlín y de lo que aprendió de tradiciones académicas previas a la experiencia de Basilea. Bachofen, una

Durante el siglo XIX los historiadores de la antigüedad, los filólogos, los arqueólogos y los científicos sociales luchaban por los restos de la tradición anticuaria, de la que se apropiaban y ponían al día de formas varias.

¹⁵ Ver a Eric Hassinger, *Empirischrationaler Historismus*, segunda edición, Freiburg, Rombach Verlag, 1994; Wilhelm Schmidt-Biggeman, *Topica Universalis*, Hamburg, Meiner, 1983; Martin Gierl, *Pietismus und Aufklärung*, Göttingen, Vandenhoeck and Ruprecht, 1997

¹⁶ Ver a Momigliano, “Introduction to the *Griechische Kulturgeschichte* by Jacob Burckhardt”.

figura primordialmente solitaria, y quien compartió la obsesión de los anticuarios por las tumbas antiguas y los documentos medievales, permanece más misterioso de alguna manera.

Aún así Gossman y Murray han tratado estos asuntos de una manera animada, accesible y práctica. Sus libros serán los enviados de los dioses para los estudiantes y los lectores en general. Ambos, sugieren además algo vital —y un poco alarmante— acerca de la historia en nuestro tiempo. Una clase de historia —principalmente angloamericana, aunque algunos de sus creadores provienen de otros países y tradiciones— ha obtenido una vez más una posición hegemónica. Ésta es estudiada, traducida, emulada, atacada alrededor del mundo. Casi todo mundo parece creer que las historias que toman forma en estos centros reconocidos merecen traducción a múltiples idiomas y su discusión en seminarios y conferencias alrededor del mundo. El caso de Basilea sugiere que incluso ahora, los jóvenes estudiosos en pequeñas ciudades y pequeños estados, en la periferia del mundo del aprendizaje, pueden estar creando historias que no se parecen a nada que haya sido producido por las grandes editoriales universitarias —y que serán leídas cuando las historias respetables hayan sido cubiertas con el polvo de décadas. Quizás estén ya enviando ejemplares de una nueva historia real del siglo XXI, debidamente dedicadas a sus antiguos maestros. La historia de lo que Berlín vio como las “B” asesinas, Bachofen, Burckhardt y Basilea, ofrece un remedio práctico contra la autocomplacencia a la que los profesores de historia, como muchos otros mortales, son muy propensos.¹⁷

Una resistencia liberal

Claudio Magris

Tomado de *El País*, 6 de junio de 2004, p. 11. Traducción de Ma. Luisa Rodríguez.

Cada uno muere a solas con su muerte, siempre inconcebible e indescifrable, pero también —de manera consciente o no— como actor en el gran teatro del mundo, representante simbólico de una realidad a la que ha prestado su rostro.

¹⁷ Muchas gracias a Barbara Hahn, Wilfred Nippel y Greg Lyon por los consejos y críticas.